

SAN MATEO DE CANGREJOS: EL FRENESÍ POR LA MÚSICA Y LOS LATIDOS DEL CORAZÓN*

La música, según Quintero-Rivera (1996), constituye una de las principales maneras en que los hombres y las mujeres expresan su relación con el mundo y las relaciones entre ellos. Tanto es así que no se ha encontrado una sociedad que no emita y/o transmita, como parte de su diario vivir, algún tipo de sonido o música. Desde el nacimiento, asegura Vázquez (1996), los sonidos -al igual que la música- son maestros constantes en el desarrollo de cada niño. Una maraquita de bebé, las llaves del papá o del abuelo que tintinean a su llegada, la voz reconfortante de mamá, son por ejemplo sonidos que todo niño “identifica” y que se quedan grabados en su memoria. Incluso desde antes de nacer, ya se ha comprobado que en el vientre, el bebé está sumergido en un mar de sonidos apacibles que tienen como constante la voz de la madre y sus latidos del corazón (Vázquez 1996).

La música es uno de los elementos principales de identidad y memoria nacional que tiene un pueblo (Sepúlveda, 1993; Díaz Quiñones, 1993; Quintero-Rivera, 1998; Quintero-Rivera, en Rivas Nina 2001).¹ La identidad de los seres humanos está en estrecha relación tanto con el suelo en que viven como con el ordenamiento del tiempo y la conservación de la memoria. Recuerdos, creencias y placer están íntimamente relacionadas con la música (Díaz Quiñones 1993). Según este mismo autor, con la repetición de las décimas, de la plena, del bolero, el pasado y el presente se reconcilian en la construcción de una visión de la historia. La mejor música es evocadora de imágenes, de representaciones.

También la música ha jugado un papel importante en la cohesión e interacción social de los seres humanos (Montalvo del Valle, 1992). Ello es debido a que la música exige participación plena de la gente. El frenesí de la música, según Maffesoli (1983), conmociona a todas las sociedades, les recuerda

su carácter colectivo, les devuelve una nueva vitalidad, y para hacerlo utiliza el entremecimiento del afecto, el temblor del cuerpo en trance.

El disfrute de la vida

Ahora bien, específicamente en las barriadas nuestras, las caribeñas y latinoamericanas, a pesar de las carencias materiales, de las tristezas y las angustias, el humor y el goce cotidiano por la música parecen ser eternos. Ello se debe a que entre los trabajadores se crea el deseo por tener una vida mejor, con más tiempo para sí, con más tiempo para divertirse.² No obstante, por la falta a veces de recursos económicos, el tiempo libre de la gente que vive en las barriadas, está centrado en muchos casos, a sintonizar en sus hogares varias radioemisoras. Estos confían mucho en la información que se emite a través de las ondas radiales, a su vez este medio les sirve para escuchar música, pasarla bien por un rato, y hacerles partícipe, en cierta medida, del colectivo (Saraceno, 1986).

En las casas y en las calles de las barriadas, la música sube de volumen y las canciones se cruzan desde radios y tocadiscos en competencia. En ocasiones la gente sale a los balcones para cantar y bailar, invitando también a sus vecinos a que se les una para continuar reforzando así los lazos de amistad preexistentes y que se sientan a su vez integrantes solidarios del placer y el goce cotidiano que da la música.

En otros momentos, la vecindad y la participación en grupos se manifiestan en un espacio público/privado mucho más activo e íntimo. Por ejemplo en la década de 1930 las actividades festivas, sobre todo danzantes, se desarrollaban en un ranchón de madera en una de las calles circundantes a la Plaza del Mercado de Santurce.³ En una parte de sus testimonios Machuca, uno de los tantos protagonistas de esta historia, precisamente nos describe dónde exactamente era que se celebraban estas actividades festivas. El dice que:

Ahí en la Plaza del Mercado, frente al edificio ese amarillo, donde está la barbería, ahí era que daban los bailes en un ranchón de madera. Los bailes de Nini López eran ahí en la plaza. Había un ranchón grande, así, donde la gente por un peso entraba a bailar. Adentro vendían arroz con pollo, y to' esas tonterías.

(23/04/1991, en Campo Alegre-Santurce, 414-15).

En esa misma década, la del treinta, los bailadores que frecuentaban este lugar provenían principalmente de la parada 21 y sus alrededores. Para aquel entonces, el disfrute de la vida se concebía, al menos en parte, como una actividad social: se valora y se goza la interrelación, mucha de la cual como hemos visto en la anterior cita, se encuentra indisolublemente vinculada a los sentidos.

Por lo general, placeres sensoriales, como el sabor o el deleite auditivo, inseparables de nuestra biología, se desarrollan a partir de la historia y la cultura de una nación. Por lo que es posible imaginar que en este ranchón de madera se tocaba y se bailaba mucha de nuestra música caribeña tales como el bolero, el son, el guaguancó, entre otros ritmos, acompañados casi siempre por una gran cantidad de tragos y como bien dice nuestro protagonista, por comida.

El bar: territorio materno y hospitalario

Otro lugar de entretenimiento, de encuentro o sitio de reunión que sirve para congregar a varios amigos, y muy común en estas barriadas son los bares. Allí también la música de la vellonera juega un papel importante como acompañante de penurias o alegrías. A su vez, en este espacio al compás de una pimentosa guaracha o de un pegajoso bolero, según nos describe Barbosa (1947), observamos a los hombres reunidos allí:

...discurren [pasan] las horas entre risas de mujeres [casi siempre cantineras o meseras] y tintineos de vasos y

botellas... Todo es alegría. Todo es regocijo. Todo es animación. Y por muy 'picados' que estén los apuestos galanes de la barriada, jamás dejan de tener una distinción o de gastar una cortesía para con las damas... (24)

Es decir, que el bar como espacio público es un lugar donde se privilegia el consumo de cerveza y ron y donde en ocasiones es frecuente encontrar una que otra mujer que trata de disiparle al hombre las penas. Es a su vez un territorio que sirve como "refugio, solidaridad de amigos, desahogo [y para] comunicarse íntima[mente]"(Ibarra, 1992,18). Y como si esto fuera poco, lo característico de los bares caribeños y latinoamericanos es que a veces se puede encontrar algún pequeño conjunto musical que toca en vivo, o sino, siempre en una esquina del local habrá colocada una vellonera donde por un par de monedas se podrá escuchar el cantante, conjunto o trío que está de moda (Ibarra, 1992; Malavet Vega, 1985).

Pero, ¿en qué parte de Santurce es que estaban localizados algunos de estos bares? ¿Acaso algunos de nuestros protagonistas eran clientes fijos de estos lugares? Contestando estas interrogantes, en una parte de su testimonio, señala Tellado uno de los placeres, que a finales de 1940:

Uno iba a un bar de por aquí, de los que quedaban al la' o de la plaza, se daba un palo y se ponía a escuchar música. ¡A vacilar! Los discos eran a vellón. Uno echaba una peseta y escuchaba cinco discos [o] el disco que uno quisiera. Si quería bailar lo hacía. Si uno estaba adolorido porque una muchacha lo había deja' o a uno, echaba un vellón y ponía un disco. ¡Alegraba las penas! Y si uno estaba alegre, echaba otro vellón y ponía otro disco. Así... (31/10/1991, en Santurce, 564)

Como bien sostiene Ibarra (1992), y en esencia también nos deja entrever en la anterior cita el testimonio de nuestro protagonista, el bar en múltiples ocasiones:

... es un territorio... materno, hospitalario. [Donde] ... sus asistentes necesitan un temperamento fuerte, decidido, para no verse arrastrados por esa maternidad aterciopelada y cruenta. [También el bar se constituye en una] plaza y confesonario en donde se evacuan tristezas y tensiones, pileta pública donde marginados y míseros van a enjuagarse el alma. (18)

A nuestro entender sin embargo, es precisamente una canción, “En la Cantina,”⁴ la que mejor recoge y retrata lo característico de los bares, la situación de soledad y abandono que viven muchos de sus clientes. Esta dice así:

La cantina es el oasis
del que tiene sed de besos
del que tiene sed de abrazos
del que tiene sed de amor
del que pide entre sus rezos
una luz que guíe sus pasos,
una mano que lo lleve
a donde no haya dolor.

Allí podrá contar
la historia de su traición,
allí podrá olvidar
las penas de corazón.

Por eso en la cantina
voy ahogando las penas
que me quitan la razón
que quieren verme loco y
sin remedio
sin besos, sin amores, sin
pasión.

El trago va matando
lentamente el recuerdo y la
total desilución,

de aquel amor, que me engañó
de aquel amor, que se marchó
de aquel amor, cuya traición
decepcionó a mi pobre corazón.⁵
(en Ibarra, 1992, 18)

En fin, con un par de “copas dándole vueltas en la cabeza,” y escuchando seguramente a través de la vellonera o de su imaginario una retrahíla de “canciones cortavenas,” el cliente del bar recuerda en ese lugar, tanto sus fracasos como sus pequeñas esperanzas.

En aquel entonces los bares que estaban dispersos por algunas de las calles que circundaban las barriadas, servían como un espacio privilegiado para el hombre poder obtener información de la vida de otros, enterarse de los últimos acontecimientos que se desarrollaban en pleno Santurce, oír cantidades de quejas, críticas, bromas, o para simplemente “estacionarse” en un rincón, dentro o fuera del negocio, para ver o jugar, cuando se le diera la oportunidad una partida de dominó o cualquier otro juego de mesa. Asimismo, este sitio público servía para celebrar una que otra “fiestecita.” Y es que la música en estos lugares nunca podía faltar. Veamos lo que nos tiene que decir al respecto Víctor, uno de nuestros protagonistas, sobre sus experiencias vivenciales en uno de estos lugares:

[A]hí en la esquina, [en Campo Alegre], como para el 48, había un negocito que se llamaba ‘La Minita.’ Ese era el punto de reunión de nosotros. Ahí nos dábamos el palito y nos poníamos a hablar, a dialogar. Los sábados y domingos⁶ ahí dábamos la fiestecita. Ahí compartíamos y nos divertíamos. En la acera poníamos una mesita para jugar dominó y darnos el palo. La mayor parte de los que frecuentaban ese negocio eran personas mayores, hombres maduros. (2/11/1990, en Santurce, 563)

